

## **Dos Oraciones Memorables**

**Por Mario Carvajal**

### **ORACION A LA EUCARISTIA Y ALABANZA DE ANTIOQUIA MISTICA Y PATRIARCAL**

“Callen todas las obras de la naturaleza y callen también las de la gracia; porque ésta (la de la Eucaristía) es obra sobre todas las obras, y ésta es gracia singular. ¡Oh maravilloso sacramento! Qué diré de tí? ¿Con qué palabras te alabaré?”.

Traspongo este grito desgarrado de la oración del místico para dar traducción a la perplejidad inefable de mi alma ante el momento en que, por mandato generoso, debo ensayar mi baja, indigna lengua en el elogio del mayor entre el acervo innumerable de los misterios con que la Bondad infinita ha transportado a la criatura humana a los planos en que sólo la luz sobrenatural existe y resplandece. Callen todas las obras de la naturaleza y callen también las de la gracia. Frente a la armonía maravillosa del arcano sacramental enmudecen las angélicas jerarquías y los santos humillan su alabanza; suspéndense los coros estelares, en los que el filósofo del número descubrió el ovillo del Génesis desenvolviéndose en órbitas de música; abísmanse los cielos y la tierra en un silencio absorto, que, ¡oh prodigio insondable!, fue engendrado no como cifra de mudez, mas como signo de plenitud en la propia suma de la sinfonía original; detiéndose el vuelo de las cosas; párase el viaje de los siglos; apágase la llama consecutiva de las horas; desaparece la alternación del día y la noche; vélese el firmamento; la muerte dobla, vencida, su cerviz, y ascendiendo por caminos de delectosas agonías a la colina del Señor, el alma entra en aquella celda mínima del sagrario, en la que, porque Dios cabe en ella, cabe la eternidad, que niega con el tiempo el espacio, y en la que, por divina paradoja, no caben las cosas miserables del mundo, afligidas en el fondo de su men-

---

NOTA. — A principios de este año de 1972 falleció en Cali este insigne escritor y poeta en cuya memoria reproducimos estos dos magistrales discursos suyos.

tira y vanidad por la angustia y dolor de lo perecedero. "Faltan las palabras (dice el que tuvo de ellas los más excelsos dones) y desfallece el entendimiento considerando todas las virtudes de este soberano misterio".

Nadie que conoció las dulzuras y consuelos de la fuente eucarística, y se acogió a su egida pródiga, y durmió sueños de justicia y de paz en su regazo bienhechor, puede concebir la amargura de la peregrinación hacia la muerte por senderos en los que nunca la Espiga saludable erige su saeta de fuego, que al traspasar la entraña del abatido caminante apura en él, renovándola en fruto singular, la redención cristiana, y en los que nunca advierte el ojo mustio, para alivio de la garganta enloquecida por el ardor de la jornada, el pozo de agua viva, que al darnos su linfa milagrosa derrama en nuestro sér el Sér divino y anticipa al corazón martirizado por muchedumbre de dolores un destello de las moradas celestiales. Tropa de esclavitud en curso perpetuamente desolado, vena henchida de pesadumbre en cauces de fango y de tinieblas, los que han renunciado a su consuelo arrastran su fatiga por las rutas de la desesperanza, llagados los lomos y abatidos al peso de una melancolía sin confines. Negaron a sus almas el horizonte eterno, y huérfanos de su vera claridad, ya no divisan sino falaces espejismos. Cúmplese en ellos la anticipada sentencia del Salvador en su profeta Jeremías: "Dejéronme a Mí, fuente de agua viva, y caváronse cisternas quebradas, en que el agua no para". Cisternas taciturnas, llenas de los engaños de la concupiscencia, "secas y rotas, grandes en apariencia y que convidan a sí a los que de lejos las ven y les prometen agua que satisfaga su sed: mas en la verdad son hoyos oscuros y yermos de aquel mismo bien que prometen, o por mejor decir, llenos de lo que le contradice y repugna, porque en lugar de agua dan cieno".

Dulce, en cambio, y tocado de admirable, beatífico sosiego el recinto interior del hombre que temple al beso de lumbres religiosas, en crisoles de abnegación y sacrificio, de meditación y plegaria, su vida espiritual. Florece en él la paz eterna con suavidad y olor de bálsamo; mudado su corazón en copa mística, la sangre del Redentor se ahonda en él y en prenda de bienaventuranza diluye en la urdimbre de sus vasos, mar desflecado en ríos múltiples, la promesa de la resurrección, que lo redime de la nostalgia del destierro y de la incertidumbre de la muerte; encendido en el testimonio del Amor divino, sellado con el sello de mies y acreditado con rúbrica bermeja, une en su sér, en trinidad gloriosa, las virtudes teologales: la fe, que es alegría; la esperanza, que es consuelo; la caridad, que es amor y cifra por excelencia del cristiano.

"Tales son tus dones, ¡oh buen Jesús!, cantemos con el Luis de Granada; tales las obras y deleites de tu amor; los cuales sueles comunicar a tus amigos, por medio de este Divino Sacramento, para que con tan grandes y tan poderosos deleites menosprecien los otros vanos y engañosos deleites. Pues abre desde ahora, ¡oh Melifluo Amor!, abre, ¡oh Divina Luz!, los ojos interiores de tus fieles, para que con rayos de fe te conozcan. Y dilata sus corazones para que te reciban en sí, para que enseñados por Ti, busquen a Ti por Ti, y descansen en Ti, y sean

finalmente, por medio de este sacramento unidos contigo, como miembros con su cabeza y como sarmientos con su vid; para que así vivan por tu virtud y gocen de las influencias de tu gracia en los siglos de los siglos”.

Y como el hombre, desde el instante mismo de su sér natural, según se lee en el Libro y en el discurso de su viaje a través de las edades, partiendo de las formas primitivas hasta la constitución y arquitectura de las más adelantadas civilizaciones, es, por esencia, vale decir, por voluntad de Dios, un sér social, una unidad de agregaciones colectivas, por donde resulta al mismo tiempo un sér esencialmente religioso, los dones y virtudes que la alianza mística acopia en la casa escondida de su espíritu se extienden, en comunión de caridad, como un influjo trascendente de bien y de salud, al pueblo que integran esos hombres así unidos en la fraternidad del alma, que es la única verdadera y al lado de la cual la otra de la sangre palidece como ante el carro del sol el lucero que le sirve de heraldo.

“El nuevo testamento de la caridad de Jesucristo (para bien del concepto y del estilo recordemos a Suárez), sellado con su pasión y garantido con su presencia real, diviniza en cierto modo las relaciones entre los hombres. De la cruz, símbolo de ese sacrificio, brota el raudal de la misericordia que disipa la ignorancia, rompe las cadenas, y ampara, alivia o consuela las desgracias: esa caridad es, dígase lo que se quiera, la única solución que puede ofrecerse al pavoroso problema de la distribución de los frutos del trabajo y a la formidable colisión de los intereses y pasiones entre las clases sociales. De allí mismo fluye la idea de la justicia, fuente del derecho y la libertad, base del orden público y clave de las relaciones entre los individuos, entre el individuo y el Estado, y entre los diversos Estados que forman la sociedad de las naciones: fuera de esa justicia cristiana, en los pueblos que la repudian, no existe sino el influjo póstumo de sus antiguas inspiraciones y tanteos estériles, como el de la paz universal, que resulta completamente irónica e invertida cuando trata de guiarse por un faro distinto de la estrella de Belén”.

Valle de lágrimas dícenos ya el Salmista que es esta morada terrenal desde el momento en que la espada del Arcángel cerró a la criatura pecadora la puerta del edén. Desposado con la desgracia al pie del árbol bíblico, inició el hombre su romería dolorosa por los caminos de la tierra, convertida, por obra del mal, de jardín armonioso en costra dura y repelente. La maldición suprema hinchó de ceniza y amargura sus frutos enantes generosos. Hízose en nuestros huesos llama de escoria y hiel emponzoñada el soplo del Creador. La cólera sagrada coronó nuestras frentes con guirnalda de perlas que, si fulgen al sol como el relente de la noche, guardan en sus globos de nácar la sal y acibar de las otras del llanto, porque cual ellas vienen de las raíces mismas de la culpa, nutridas en nuestra arcilla miserable. Huella de daño y de congoja, como la del gusano rastreador, es la que dilatan sobre el mundo los nacidos de Adán. Ganarás el pan con el sudor de tu frente, tronó la voz de Jehová sobre la cabeza del soberbio; parirás con dolor, dijo a la hembra astuta. Y en la sentencia empírea floreció con siniestra abundancia la miseria del hombre.

Una tras otra, innumerables veces han corrido las centurias su cadena circular sobre el haz de la tierra. Razas, pueblos, naciones han alborado y decrecido ante el ojo melancólico de la historia. Se han fatigado el vientre de las madres, y el seno de la tierra, y las menudas fauces de "los obreros del sepulcro". La humanidad vive asistiendo a la ruina de todo lo que nace. Sólo dura y perdura el mal, y su consecuencia, el dolor, porque ellos son el patrimonio ineludible que puso en las espaldas de los hijos la rebeldía de los padres.

Falsa es, por lo tanto, con falsedad fundamental, toda filosofía que niegue o desconozca este principio humano. Ahí el error del paganismo y ahí también la certidumbre del orden cristiano de la vida. No otra cosa es el paso del hombre por los días que ensayos de sistemas de convivencia y de gobierno, ordenaciones en el ritmo de la mecánica social, estudios de armonía entre la libertad y el derecho, desvelos en el intento de la clave que dé por resultado, sobre el sillar maestro de una legislación sabia y precisa, el desenvolvimiento de la república anhelada, de la cual ha leído desde los orígenes del tiempo, con pertinaz ineficacia, sus pautas y modelos, arriba en las arañas siderales y abajo en el ejemplo, indescifrable a su mente presuntuosa, de abejas y de hormigas. Hemos visto la idea de Dios, que en forma de negación o de presencia ha intervenido siempre en la marcha de los pueblos, desfigurada por la superstición en el enjambre de los ídolos o rechazada por la tiniebla del orgullo en el satánico ateísmo. Desasistidas de la tea y cayado del Pastor, esas rutas, en sucesión interminable o en alocada confusión, han confluído, como en un centro inevitable, en los piélagos del caos. Sordos y ciegos a la experiencia de los siglos, por idéntico modo que al precepto del Padre estúvolo la pareja primitiva, déspotas, que no pueblos, de esta edad que vivimos, de uno y otro lado del mar, desatan oleadas de sombra sobre las almas que en su ruedo de lumbre, en asamblea mística, congrega la pira del Señor. Ni faltan profetas que predigan (profetas sin la llama del Eterno) eclipse total para la estrella que en el crepúsculo pagano guió a los reyes hacia el establo palestino. Mas la nave que lleva áncora de esperanza y en la antena mayor, como lo dijo Eucherio, una lona puesta en forma de cruz, viaja segura a través de los arrecifes y acechanzas, porque descansa en la promesa de El que advirtió a los poderes del infierno: "Cielos y tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán".

Reduzcamos a esquema la serie de dibujos históricos en que Chesterton, al comentarlo en páginas imperecederas, enmarcó el texto santo: fuegos fatuos en los abismos de la noche, nacieron y murieron las civilizaciones de las edades viejas; el feudalismo es ya tan sólo un hito en el discurso universal; el orden medioeval, "en muchos aspectos un hogar completo y casi cósmico para el hombre", no pudo lograr la resistencia de sus leyendas y castillos; pasó el Renacimiento; pasó la Edad de la Razón. Y flor de vida perdurable, las palabras de Dios surgen de los eriales del tiempo y de la muerte animadas por la savia de eternidad que El puso a circular entre sus sílabas. El siglo XIX pretendió mirar y analizar la religión como un fenómeno del pasado, sin advertir que, mientras tanto, más allá de las sombras de sus ojos, ella se trasladaba al porvenir. Héla aquí a nuestro lado, marchando con

nosotros. Un momento: las palabras han recortado la verdad. Entrañada en nosotros y produciendo en nuestro barro el prodigio de la bujía que al irradiar suprime, por sutilización, la copa de la lámpara.

¿Hállase el mundo, acaso, desde los días de la contienda última, que nunca acaba de pasar, en uno de aquellos recodos trágicos en que muere una época y cambia, con angustioso desconcierto, el rumbo de la historia? La rosa de las teorías humanas, mudable y fácil como la de los vientos, florece en pronósticos innúmeros. Mas en medio de la confusión del pensamiento contemporáneo, la barca del Pescador sostiene su marcha fúlgida y serena. Va atenta, vigilante, lista, naturalmente, al choque proceloso. El Maestro le impuso esta actitud. Pero le prescribió también, en amonestación de autoridad, la de la fe y confianza en los destinos finales de su faena y rumbo. La Iglesia nació en el lomo de la mar y oyó de Cristo, viajero de pie enjuto sobre los filos de la ola, la voz que amansa las furias circundantes. No sabemos, porque el secreto de las horas le fue vedado a la criatura, qué signo traerá mañana el sol. Sabemos, sí, que una vez más las palabras eternas alumbrarán el horizonte.

Nacido el hombre bajo la ley amarga de la concupiscencia original, que, para decirlo con palabras de Fray Luis de León, "en el entendimiento es tinieblas, y en la memoria olvido, y en la voluntad culpa y desorden de las leyes de Dios, y en los apetitos fuego y desenfrenamiento, y en los sentidos engaño, y en las obras pecado y maldad, y finalmente, muerte y corrupción", sólo bajo una luz y signo alcanza a ser posible la organización de las naciones, y son la luz y el signo de la divina caridad. Sin ella, por manera segura, todo llegará a confusión y abatimiento. Ella será el aceite que inyectado en la máquina social hará su giro blando, armonioso, sosegado, más aún que en los días de la abundancia generosa, en la noche de las segundas vacas bíblicas. Ella abrirá la sola senda que desagüe la ansiedad de los pueblos en la zurda revuelta en que se ciegan todos los caminos. Ella redimirá de su congoja al triste, de su penar al solitario, de su agonía al soñador, de su estulticia al necio, de su nostalgia al desterrado, de su dolor al prisionero, de su rencor al siervo, de su estrechez al pobre, de su riqueza al poderoso. Ella pondrá alivio en la cama del enfermo, veste en las carnes del desnudo, pan en la boca del hambriento, agua en la lengua del que se abrasa en sed. Ella cebará el faro para el perdido navegante; alistará el refugio del viajero; vertida sobre las olas en turbión, desbravará el furor de las borrascas, y hecha fanal insomne, pondrá índices luminosos en los confines sin derrotero ni señal. Bálsamo, en fin, de todas las heridas, unguirá con el óleo de la sabiduría, que es inteligencia y perdón, los corazones destrozados por la discordia y la injusticia.

¿Dónde, por ventura, habremos de hallar sobre la tierra fuente de tal virtud, si no es en la doctrina de Jesucristo, que, al salvar a los hombres, confióles en su Evangelio, cuyas letras compendian en documento sin ocaso el espíritu de la perfecta caridad, el paradigma único sobre que podrá desenvolverse, con la más alta economía de dolor doble a nuestra viciada naturaleza, y en forma coordinada, el organismo social, tan combatido por toda suerte de peligros y acribillado por males

y trastornos sin cuento? Sólo su doctrina puede ser base y sostén de la paz, que es, según la palabra de Agustín, orden sosegado, y principio y estímulo del progreso, que necesita primariamente de la paz, puesto que él significa, por definición y por origen, perfeccionamiento espiritual y material del individuo y de las sociedades. La distribución teórica de los deberes y derechos de la familia humana ha sido hecha muchas veces, algunas con avanzada perfección, en la historia del mundo. Desde Moisés, padre y maestro de los legisladores, el acervo jurídico de los pueblos henchido muéstrase, sin duda, de frutos de elección para una labor de antología, copiosa y admirable. Mas la legislación, que es plinto y fundamento del orden social en las naciones, cumple en éstas, apenas, una función reguladora si no la mueve y complementa el espíritu. Ninguna edad ni gente ha superado a Roma en la ciencia del derecho. Y en el hecho vital, en Roma convivieron el atropello interior y la rapiña externa, la esclavitud doméstica y la conquistista mercenaria del bárbaro, la tiranía del César y la crueldad y disolución de las costumbres. ¿De qué sirve a los pueblos el más consumado código de leyes que nos sea posible imaginar si por los cauces de esas leyes no anda vertiendo luz y vida la savia del espíritu? La letra mata, dijo la voz eterna. Y San Juan: "Moisés hizo la ley, mas la gracia es obra de Cristo".

De donde se deduce que es vanidad de vanidades la fatiga de los caudillos que buscan el bien y la armonía de sus legiones por el solo camino de los públicos y generales mandamientos. La torre de la cultura humana se apoya más que en las piedras físicas de sus cimientos y columnas, es decir, más que en el fruto material de esa cultura, en el geométrico equilibrio de las fuerzas espirituales, que al definir el curso matemático de sus líneas y la gravitación arquitectónica de sus masas, supera el pensamiento genitor en el vuelo de llama que en todo instante se desprende de la aguja casi estelar que la corona.

Hé aquí la misión que corresponde, por celestial imperio, en las relaciones de los hombres al amor de caridad que en el principio fijó el Padre como norma, en el atónito Sinaí, circuido por escolta de rayos, sobre las tablas de la Ley, y que en la era de la Redención fue repintado por la sangre del Hijo, en el monte Calvario, sobre las tablas de la Cruz. Ese amor, no meramente humano, sino, otrosí, místico y sobrenatural, es el arca de la alianza, antigua y nueva, de la criatura y el Creador. Así el diluvio universal, al par que un hecho histórico, es un símbolo. En la nave sin compañera del patriarca, sobre el nivel de las montañas, flota el espíritu de Dios. En derredor la muerte se agita en sus abismos.

Bienaventurados los pueblos y las generaciones que, enlazados por ese augusto espíritu, mina de todo bien, han cultivado, sin interferencias ni frívolas ni trágicas, la fidelidad religiosa, y reduciéndolos a "pacífica unidad de virtud", han hecho de sus sueños y trabajos rebaño sometido, con fecunda alegría, al pastoreo del Señor. Florece en ellos el dón de la república, prometido la noche cananea, en el aleluya de los ángeles, a los hombres de buena voluntad. Uncidos a la ley, a la de Dios, a la del orden natural y a la del sistema jurídico adoptado, no por razones de temor o de fuerza, antes por vínculo de amor, re-

parten su tránsito terreno en el oficio y en la plegaria que suaviza las penas y robustece el corazón. Son éstas las naciones que, animando la vida con un sentido arcano, disponen del secreto de endulzar la amargura que ella trae de su raíz enferma.

Ganaron la honda recompensa en la adopción que han hecho de la enseñanza contenida en el pozo de la sabiduría, sumisos a la ley de Dios, que según dice el salmo, hace al hombre más prudente que todos sus enemigos y más sabio que todos los maestros. "Guárda, hijo mío, (prescribe el autor de los Proverbios, renovando a Moisés) los mandamientos de tu Padre y no desampares la ley de tu Madre. Trabaja por traerla siempre atada a tu corazón, y colgada, como una joya, a tu cuello. Cuando anduvieres, ande contigo; y cuando durmieres, esté a tu cabeza; y cuando despertares, platica con ella: porque el mandamiento de Dios es una candelera, y su ley es luz, y el castigo de la doctrina es camino para la vida".

---

Dictamen, placentero por lo demás, de la justicia, manda incluir ésta de Antioquia en el número de esas comarcas venturosas. Brava, dura, pujante, y como pocas llena de majestad y de grandeza, fue la obra cumplida por el ibérico emisario en este nudo de montañas, cuyo arisco relieve hubiera rechazado a cualquiera tropa de conquista que no moviera su afán aventurero en el resorte en que, como un juguete heroico, digno de aquella edad titánica, ponían el suyo a dar vueltas sobre el mundo los hijos de Pelayo y el Cid. Esta misma resistencia del agro, ensimismado en su belleza, lamido en su planta por el río y coronado en lo alto por las nubes, en cuyo seno engendra el fuego de la tarde los luminares de la noche, fue parte señalada al sér característico de esta provincia, en la que el hombre ha florecido con notas de valentía singular para las luchas todas de la vida; al propio tiempo que la condición de paciencia y de constancia exigida por la riqueza ingente, mas soterrada en sus ribazos, bien en la gleba grávida o en el filón envuelto en agrio estuche mineral, fomentó en este cuadro majestuoso el repario y decantación de las falanges migratorias en colonias de aspecto y ritmo patriarcales. Las corrientes que aquí afluyeron en la atrasada aurora de nuestro continente se depuraron sin dañina premura, recogidas, como en un vaso cósmico, en el recinto de estos montes; y lejos de los prejuicios étnicos, en la activa tranquilidad de las labranzas, prepararon el hazañoso porvenir de sus vástagos en el arraigo y ordenación de las virtudes cardinales de la raza.

Una de ellas, el sentimiento religioso. La moderna crítica de la historia ha definido la España de la conquista como un estado misionero. El ideal de la faena llevado a cabo en tierra americana por la osada Península, antes que el de la cosecha del oro almacenado en sus veneros, fue el de la difusión del Reino de Dios y la incorporación de estas comarcas a los dominios de la cristiandad. Los legionarios españoles trajeron de este modo función de mensajeros del Señor, de heraldos de su gracia, que es, como lo ha demostrado la experiencia de los siglos, como lo reconocen ya filósofos extraños, el único evangelio de

la fraternidad universal. Ascendiendo, contra el curso de las edades, hasta la cima de los profetas, llegaremos a descubrir, en el panorama de las civilizaciones, que "el origen histórico de la hermandad humana es exclusivamente místico", porque como, tras recios silogismos, concluye Ramiro de Maeztu, "la fraternidad de los hombres no puede tener más fundamento que la conciencia de la común paternidad de Dios".

Por designio providencial la semilla de esta empresa apostólica tuvo aquí surco pródigo, y al par que el tallo de las éras, se irguió señoreando el cuadro del cultivo, como la palma que roba al ala de los vientos el germen peregrino.

Muéstrase ahora en forma extraordinario ese depósito sagrado, al ritmo del corazón de la república, en este congreso lucentísimo, que además de tributo a Jesucristo, o mejor, precisamente por ser tributo a Quien cifra el camino, la verdad y la vida, será en el cuadro de las empresas colectivas de Colombia la más rica en motivos de cultura de los últimos años. Tiene su sede aquí por un anhelo regional, obediente a la voz de los antepasados, voz que tal vez por ese fenómeno peculiar que repite y renueva el eco en las montañas, hasta darnos a las gentes de los valles la sensación de un rumor inextinguible, adquiere dentro de estas murallas naturales una realidad casi física, que al entregarnos el secreto de la unidad espiritual de Antioquia, nos pone en contacto escalofriante con Dios y su misterio. Mas si un anhelo regional ha realizado este congreso, no podía éste limitarse a ese alcance restringido. Oponiase a ello la calidad excelentísima del acontecimiento, animado por la gracia ecuménica de Cristo, y la dignidad misma de esta provincia victoriosa, que después de haberse acendrado en retiro secular, ha rebasado sus contornos e infundido su aliento, como una fuerza numerosa, en todo el cuerpo de la patria.

---

Halla en estas felices circunstancias explicación tan suficiente como amable la presencia en los coros de estos días de voces venidas de otros ámbitos, altas de autoridad, nobles de timbre todas ellas, con la sola excepción opaca de esta mía, que no trae al concurso ningún mérito propio, mas suma a él en cambio, sin detrimento intrínseco, la fe bebida en las fuentes de la enseñanza solariega, y un destello, mustio ese sí en los fondos de sus espejos deslustrados, de una tierra benigna y espaciosa como la que fue prometida a Israel por heredad, de limpia atmósfera como el diamante de aguas puras, y en la que el viento anda siempre de juego con la luz sobre pistas de perspectivas oceánicas.

Un día, en reinos sin nombre del Levante, tres reyes redujeron a uno su camino en el índice misterioso de la estrella que, a lo largo de ardientes arenales, los llevó hasta la gruta del Cordero. Contra la obstinación de las tinieblas, añosas como el mundo, subsiste rutilante, la estrella del prodigio. Ella nos ha traído ahora, por los caminos de la patria, a este monte bañado en su fulgor. Y a su infalible claridad tornamos a encontrarte, ¡oh Dios todo bondad y misericordia irresta-



ñable! Ahí estás, con presencia real, como en el vientre de María, el primero y más puro de los sagrarios eucarísticos; como en las pajas del pesebre; como en el obrador del carpintero; como en el asilo de tus padres; como en tu vida pública, en los caminos de la dichosa Galilea; como en el sermón de la montaña; como en la barca del Apóstol; como en la casa de Betania; como en la cima del Tabor; como en la cena última; como en el huerto de los olivos; como ante los doctores de la ley, y ante Poncio, y ante los fariseos y soldados que azotaron tu cuerpo y te ciñeron con espinas y te pusieron manto y cetro de burla; como en la vía del Calvario, y en el madero redentor, y en el trance de la agonía postrimera; como en el trono resplaneciente y eterno de la morada empírea, en la espantosa majestad de Dios Trino, a la vera del Padre. Ahí estás, ¡oh Jesús!, en todos los pasos de tu vida, tu muerte, tu resurrección y tu gloria, cumpliendo, día y noche, el misterio de nuestra redención.

Córre, como la losa del sepulcro, la que cubre el divino tabernáculo, y resúrge, Señor, a cada instante, en nuestras almas. Perdóna nuestras culpas, alivia nuestros males, corónanos de gracia, y en el amparo y bendición de nuestros hijos, haz que cumpliéndose en nosotros el canto de David, se renueve nuestra juventud como la del águila.

---

**ESTAMPA Del ADELANTADO Don SEBASTIAN de BENALCAZAR  
y APOLOGIA de la ESPAÑA CONQUISTADORA y MISIONERA**

**I. - El sentido de la estatua**

Bien está aquí, sobre esta colina de los Andes, Don Sebastián de Belalcázar. Los puntos cardinales se unifican en el eje de su perfil eternizado por el artista, como los vértices de la estrella en la línea de luz que los congrega en torno de su núcleo vital. Desde este día perdurable en su significación histórica, este palmo de tierra constituido queda, por obra y gracia de la presencia heroica, en centro natural del paisaje circundante. Caído de los espacios siderales, el fuego de la gloria inmortal prendió aquí en llama de piedra y bronce la antorcha de nuestra comarca, que por estar alimentada con la sustancia indígena, la misma que le da sér de belleza inmarcesible a nuestros campos, arderá como pira sacra en el seno de las edades, alumbrando el vivir y morir de las generaciones. Superponiéndose a la verdad simplemente humana de este monumento, que vivirá su muerta vida en los archivos del futuro, hay en él una verdad más verdadera: y es la que ahora, en nombre de la divina poesía, madre de los seres eternos y de la verdad esencial, os anunció al deciros que esta columna vernácula y esta efigie plasmada en bronce hispano no son obra del escultor y del cantero, cuyas manos y mente obraron al impulso de un soplo misterioso, sino fruto natural del vasto mundo descubierto y sometido por el conquistador, fruto engendrado en las entrañas de este retazo tropical de la América, que lo vio un día, hace cuatro centu-

rias, pasar, como una candela desprendida de los astros, por sus montañas abismales y sus selvas compactas y sus llanuras tempestuosas y sus ríos innúmeros, y enamorada del héroe arcano que venía ella no sabía de dónde, del cielo estelar que la cubría, o de la tierra ignota, o de los confines fabulosos del destino, llenóse toda de él, hundió en su seno de india brava el resplandor que fluía de los ojos y la armadura del blanco campeador, y abriendo cauces al espíritu que lo movía, más vivaz todavía y luminoso que el relámpago de sus propias tormentas, púsole a circular en el laberinto en que se acendran sus mejores criaturas: la piedra, los metales, el agua, el árbol, los vientos, y así plasmó su imagen para llevarla a presidir, como una síntesis de sí misma, desde este monte afortunado, el concierto de su naturaleza.

Bien está pues aquí en esta sede de su señorío, el padre y numen tutelar de estos contornos. A la diestra el sur, con sus valles malignos, que diezmaron las columnas de asalto, y su cortejo de volcanes, que alineáronse en mitológica custodia para dar paso y rendir honor a la falange. Al otro lado, el abra mirífica del valle, que él y su gente habían de explorar y enriquecer con perdurables fundaciones. Al fondo, guardando la espalda del héroe, que Dios hizo ancha y fuerte como para cargar un mundo, la arisca mole que nos separa del océano y que el Génesis puso allí para vertebrar el continente y para probar nuestra energía, porque perforando su muralla habríamos de ganar, en lucha con la cantera hostil y el agua ubicua, con la serpiente y el insecto, los caminos del mar. Y al frente, cabrillante en el día y profunda en la noche como sus pupilas de águila, en diálogo incesante con ellas, la llanura que él fecundó con savia de vida indeficiente, sin cultivo y casi desierta entonces y hoy en perpetua incubación de todos los dones de la naturaleza, en escala que va desde el hombre hasta el sér elemental y recorre el profuso catálogo de los frutos del trópico.

No es ya la flecha en vuelo de luz cristiana, salida de la constelación ibérica que centraba y regía en el Perú como otro sol que ha vencido al del Inca, el marqués Don Francisco Pizarro; ni es la racha grávida de simientes, que vino dejando su mensaje en riscos y planicies, a lo largo de tierras medidas con la cinta interminada de las constelaciones. Cumplida ha quedado por el emisario la empresa de iluminación y puesto por su mano, en el regazo de estas regiones de América, el germen cuyo desenvolvimiento acaba de entregar, con la actitud de un príncipe que distribuye órdenes en la asamblea de sus siervos, a la labor subalterna de los siglos. Hállase el héroe, ahora, en la hora de la inmortalidad, que es el reposo agosto. Sebastián de Benalcázar, en cuanto creador, está viviendo aquí su séptimo día. La forma perecedera se estabiliza en sustancia perdurable y el hombre transitorio, escapado a la mentira de la muerte, cobra la fijeza definitiva de los símbolos.

Explícate así, con la simplicidad de las obras extraordinarias, el sentido de la estatua. Victorio Macho ha seguido al conquistador, paso a paso, en su itinerario deslumbrante. Mas al fijarlo en la torre del monumento ha elegido el minuto en que se erguía sobre su propia plenitud, en la cima del plazo que le fue concedido para su empresa angélica, puesto que fue la suya faena de emisario, de anunciador de

un poder y una doctrina, de evangelista de una cultura en cuya entraña, a pesar de los instrumentos de la realización, vino el mensaje de la cruz. Hé aquí por qué faltan en esta efigie los accidentes elementales que completaron habitualmente la figura del conquistador, y se nos muestra al que fue encarnación del movimiento en la quietud perfecta, casi abstracta, de los sueños cumplidos.

Porque fue sorprendido por el artista en ese momento preciso y central de su parábola, el conquistador no es aquí el hombre de antes y después, el del ascenso glorioso y la desventurada decadencia, sino lo que en ese instante, por voluntad de Dios, y sólo en ese instante, llegó a ser: el arcángel. Contempladlo y advertiréis que ha sido concebido por el escultor en esta función maravillosa que en determinada hora de su vida cumple todo hombre superior. La superioridad humana es altura excepcional de espíritu y ésta convierte al que con ella ha sido enriquecido en clarín y brazo de una idea, de un anhelo, de una doctrina religiosa, social, estética o política, de una norma de vida o de un sistema de gobierno. Obra entonces el hombre en nombre y al impulso de una fuerza que emana de los abismos de la inspiración y adquiere así el carácter místico de enviado de los númenes que vigilan y disponen el eslabonamiento de los días. El ángel fue el agente de Dios desde que por la rebeldía original vino a quedar interrumpida la política divina que había establecido la inteligencia directa entre la criatura y el Creador. Al devolver su voluntad a la fuente en que ella tuvo origen y constituirse en empresario de la Providencia, en la forma y medida en que su mente alcanza a interpretar los planes de la sabiduría insondable, el hombre se restituye aproximadamente a la pureza primitiva y asume la función angélica que constituye el signo de elección con que se distinguen de la tribu numerosa el santo y el héroe, el sabio y el artista.

Al reflejarlo de ese modo, el escultor hizo en este caso, más que la efigie singular de uno de los mayores conquistadores de la América, la encarnación simbólica de esta dura, fulgente, abrumadora categoría humana. Por representarlo en su admirable integridad, este bronce, al par que a Sebastián de Benalcázar, trasunta, en abstracción impresionante, al varón casi mitológico que la España de aquella edad incomparable en la historia de las empresas del heroísmo envió a completar el descubrimiento y a adelantar el sometimiento político y conquista espiritual de las Indias Occidentales.

Nunca es dada al artista la certidumbre plena del contenido de su obra. Porque aunque sea lumbre de su candela arcana la inteligencia que sondea sus abismos, el espíritu sustrae una reserva de fuerzas que actúan en el afán del hombre más allá del alcance de sus cálculos y sus leyes, en una zona de libertad mística, avaramente defendida por los poderes de la divinidad que el alma trae consigo como sello de su estirpe suprema. El artista viene a ser de este modo obrero del misterio, arcilla iluminada por los destellos de una hoguera que él mismo no conoce, urna de resonancia de armonías recónditas, mensajero de una noticia llegada a él de lejanías de eternidad. No es el poder del hombre lo que el genio del artista nos revela, según decía Goethe: es el poder de Dios.

Hé aquí cómo al modelar la imagen de un adalid de gesta el escultor nos ha dado la estampa de un arcángel. El centauro se ha transformado. En vano buscaremos el tronco de caballo que antes veíamos en él. Ya sólo resta una cabeza coronada por un nimbo solar; una veste de luz, que enciende el bronce en llamas inafables; un índice profético y una sandalia inmóvil, afirmada en la tierra sometida como esas raíces por las cuales descenden a los talleres geológicos la química del sol y los elementos de la atmósfera. Y unificando, en eje luminoso, las masas concurrentes, la espada todopoderosa, que ya no es allí símbolo ni instrumento de la humana contienda, sino el relámpago de Dios, que fulguró, al principio de los tiempos, en el alfange que cerró a Adán y su descendencia la puerta del primer paraíso.

## II. - El héroe y su odisea

Conturbadora, como pocas entre los casos similares que nos ofrece la historia universal, muéstrasenos la gloria de Sebastián de Benalcázar. El ojo de los hombres clasifica y valora los matices de la luz en relación con los contrastes. Esencialmente hay siempre una unidad profunda en los héroes, puesto que el heroísmo no reside en las consecuencias de su empresa, sino en la simiente que al florecer proyecta una nueva claridad sobre el tiempo y modifica el curso de una edad o allega un concepto nuevo de la vida. Pero nuestra sensibilidad reacciona por modo más intenso cuando advierte distancias más agudas entre los puntos extremos que a la contemplación ofrece la carrera del héroe. Tal el caso de Benalcázar, que de los más humildes fondos asciende, solitario, inerme, majestuoso, a la superficie de la historia.

¡Patético misterio el de su vida! Regazo de plebe y escasez lo recibe cuando surge a la angustia de los días en aldea de oscuro nombre, que al adherirse al suyo cobró el brillo de que había venido careciendo, perdida en un rincón de la vieja España. Nada presagia en su niñez el porvenir de lucha y gloria que se esconde, para asombro de las edades, en su ventura plenitud. El hijo de los Moyanos es un rapaz como cualquiera otro en la villana chiquillería del lugar. Mas ¿quién pudo llegar a las sombras en que se forjan y distribuyen los destinos? Rudo, vivaz, analfabeto, Sebastián cumple, en las faenas de su casa, funciones de peón infantil, que alterna con los juegos usuales en su edad y su medio de opacos horizontes. ¿Erigíase, acaso, en capitán de las cuadrillas de niños campesinos que iban y venían con él en el trabajo y vagabundeo propios del ambiente rural, estrecho y libre a un mismo tiempo, en que había nacido y empezado a crecer? ¿Heríalo ya, sin que él llegara a definir su sentido, el acicate de la espuela de oro que raya en la oscuridad y confusión de las inquietudes insondables los corazones elegidos? ¿En las noches desiertas de su pueblo dialogó con los luceros vigilantes que más tarde habrían de encontrarse con él en la opulenta soledad de las noches americanas y habrían de bajar a las lanzas de su tropa y al acero, como ellos fulgurante, de su armadura? ¿Soñaba? ¿Ambicionaba? ¿Presentía? ¿O vivía, por el contrario, como los otros hijos de su plebe materna, sin más anhelos que los que suscitaban las diarias exigencias del hambre y de la sed, sumiso

al rudimentario derrotero que principia en el camastro de la prole y va a desembocar, por un cauce de igual dolor, en la fosa enmalezada del cementerio campesino, que es otro camastro colectivo de esas gentes idénticas a sí mismas en el nacimiento, en la vida y en la muerte?

Universalmente conocido es el episodio que fija el momento en que el héroe, mancebillo de pobres menesteres, entra en la órbita cuyo vuelo ha de esculpir su nombre en los abismos de la inmortalidad. Díjese una de aquellas leyendas infantiles que eligen los más humildes elementos para engendrar en ellos, por obra de los poderes mágicos, la grandeza que vence al tiempo y al espacio. La lucecita de los campos, trepando al horizonte por las colinas de las nubes, se adueña de la noche y se convierte en el fanal que alumbra y rige el sueño de los hombres.

Sebastián viaja un día por los caminos de su aldea arreando el borrico que porta leña o agua para la cocina maternal. La gloria espía al mozo y empuja al asno a un tremedal de la vereda. Bárbaro golpe de impaciencia deja muerto al jumento. Y como la vida, para desesperación de nuestra lógica estupefacta, juega a la paradoja, hé aquí que en esta escena de sainete rural la cobardía de un adolescente ante la amenaza de reprimendas familiares da principio a una carrera de fafulosas osadías.

El mancebo, al huír escapa al dominio familiar y al de la historia. El destino alimenta en sus sombras al polluelo. Otros serán los días y diferentes las regiones en que habrá de resurgir, armado de insospechados resplandores, con la carga de la epopeya a las espaldas. Sebastián, en la América, no sabemos cuánto tiempo después de su llegada, impónese a las falanges de conquista como uno de sus más seguros conductores. Adivina que para saber mandar hay que saber obedecer, y acepta las jefaturas de Pedrarias, de Hernández de Córdoba, de Pizarro y de Almagro. Mas ya, bajo el ajeno mando, el extremeño se señala por sus claras virtudes de caudillo. Reconócenselas los jueces definitivos de la guerra: los soldados. Actúa, además, en funciones civiles como alcalde de León. No hace violencia a su día. Muestra, por el contrario, el equilibrio de las fuerzas auténticas y la visión serena de los hombres que contrapesan a perfección en su balanza la voluntad de Dios y su propia voluntad.

La conquista en la América Central había terminado por avanzar pesadamente, como un carro solicitado por impulsos contrarios. La gesta había degenerado en una corte bárbara. En la savia de la epopeya discurría el veneno de los pecados capitales. Por su grandeza casi cósmica, aquellos hombres requerían, para moverse sin chocar y despedazarse, órbitas estelares. Peleaban selvas, pampas y cordilleras como si se tratara de cortijos domésticos. Eran hijos de la tormenta, tempestad de ellos mismos, y cada uno medía sus dominios con la vara de la centella. A tal edad, tales almas; a tal desierto, tales leones.

Pizarro y Almagro abren a Benalcázar los confines del mar descubierto por aquel otro homérica sacrificado en las disputas trágicas. Acepta y viene al sur. Es la tercera cifra de aquel tríptico gigantesco, mas obra todavía como simple teniente. Apenas ha llegado a la madurez. Apretado barboquejo de seda proyecta el carbón de la cabeza

en un óvalo que aclara, contrastándolo, el rostro curtido por el sol. Los ojos, almendras talladas en el ébano más hondo y puro de la noche, aquél que crepita en el límite del aire, esmaltado por irradiaciones metafísicas. El torso, como el de los ciclopes, armado en planos de bronce sobre cuyas superficies vigorosamente delimitadas por el relieve de los altos tendones, la fuerza oculta ponía el pulso y color que en sus paredes abrasadas deja ver el hornillo de los crisoles. La usual armadura, vistiéndolo de hierro, apenas lo viste de sí mismo. En el cinto el alfange ofrece el fenómeno de un tercer brazo natural.

Corresponde a la estampa la perfección épica del héroe. Está cercano el día de su actuación directa. El arbusto de la lejana Extremadura se ha transformado en roble inmenso, a cuya fronda puede abrigarse media América ecuatorial.

Arrebatado por el viento de la misión que le había sido reservada; al empuje de la energía acumulada en los años en que ofreció a otros su compañía de genial soldado, y en los cuales la hazaña no tuvo jamás el vuelo libre que requería su índole aguilina; vencido al fin el vaso de su espíritu por la angustia heroica que en él habían ido dejando, una tras otra, las jornadas anteriores, emancípase Benalcázar a la rectoría de Pizarro y abre ante su ambición y la de sus gentes, espoleadas por el señuelo del Dorado, los confines de estas tierras desconocidas, a lo largo de cuyos montes y llanuras habría de desenvolver, inversamente, un camino paralelo al que había traído su nao por el mar.

Y es aquí dónde y cuándo el héroe se halla frente a la plenitud de su destino. La América interpone a su paso la más arisca de sus zonas: el nudo del Ecuador, en que el planeta endurece su costra y aprieta su cintura con un triple ceñidor de montañas para defender la integridad de la esfera en el vértigo de las constelaciones. Brava y dura en los anales de la conquista fue esta correría de Benalcázar. La historia palidece ante la hazaña, cuya relación espera aún el poeta comparable en grandeza al conquistador que esculpa en piedra castellana la odisea sin par. Encarna en ese instante Benalcázar el genio de los Andes. Los cráteres se enfilan a contemplar la romería y encienden sus penachos para anunciar a la tierra y a los cielos la apocalíptica invasión. Despliegan los vientos sus falanges y erigen las tempestades sus espadas. El suelo pone en movimiento sus innumerables colonias de alimañas y el aire agita en las alas invisibles de los insectos los zumos de la muerte. Abren sus fauces los abismos. Las ciénagas afloran en sus burbujas suspirantes los miasmas de la fiebre, que mata con las visiones del delirio. Las tribus naturales acuden también a la defensa y alfombran de celadas el itinerario de la columna extraña. Fueron los de la marcha días de continua refriega y de combativo insomnio, en que la atmósfera sentía a cada paso desgarrada su túnica por la saeta envenenada y por el filo estrellado de la lanza. El relincho del caballo, que por primera vez hería nuestros ámbitos, cumplía, ante el asombro indígena, la misión de corneta militar. Y así el mensaje cristiano avanzaba en éstas como en otras comarcas de la América en una tropa de centauros.

Nada fue suficiente a detener a Benalcázar. Traía el empuje de un heraldo de Dios. Su hora había llegado. Y en este valle generoso,

cuyas perspectivas de ensueño debieron abrirse ante las pupilas españolas como un presente místico, estaba señalado el más alto escalón de su glorioso derrotero. Su arribo al valle fue el arribo al monumento cenital de su vida. El heroísmo de la ruta nos entregó el arcángel. Este que ahora emerge de la entraña de nuestra colina maternal, erguido en ella, quebrada en triángulo una pierna y afirmada la otra sobre la tierra sometida, en reposo la espada, perdido el ojo en la llanura y el brazo señalando la vía y horizonte del Pacífico, a cuyo ritmo cósmico, como al del Nilo la cesta de Moisés, se balancea el porvenir en esta hora ciega de la historia. Ejerciendo queda aquí su destino de mensajero heroico, a fin de que nosotros y nuestros hijos seamos fieles a su enseñanza y dignos de ella.

Hay hombres superiores cuya grandeza se desenvuelve en permanente compañía de la desventura, ya en el campo económico, ya en la intimidad espiritual. A otros los aflige el dolor en pos de las embriagueces de la gloria. Mas el hecho es que si nunca falta en vida alguna la desgracia, menos en estas vidas eminentes, porque la expiación de la grandeza se cumple con la matemática necesidad del fenómeno obediente a las leyes de la física. Hasta este punto culminante de su carrera, Benalcázar fue un hombre venturoso, en el sentido de que día tras día pudo contemplar, mucho más allá de lo que alcanzó sin duda a aspirar en sus comienzos, el ascenso continuo de su estrella. Iníciase aquí la curva descendente de la parábola. Coinciden en este ocaso triste todos los conquistadores españoles. El medio geográfico y político imponía el desenvolvimiento de sus obras por pautas de violencia. Y la violencia lima y roe los metales más firmes. Llegaba siempre para ellos un día en que la fuerza de su prestigio no obraba por modo suficiente sobre las gentes sumisas de la víspera. Era el momento del crepúsculo, comparable, por lo impreciso, a ese instante en que quiebra el sol sobre los campos y que sólo sabrían fijar las brisas y las aves. Por un privilegio semejante de Dios, la caducidad del héroe quienes la adivinan y presienten son los seres humildes.

En esta misma ciudad que poco antes había nacido al soplo de su genio y que ahora lo exalta y glorifica en bronce imperecedero, sufre Benalcázar, desposeído y en prisión, duro juicio y en pos de él infamante condena. Mientras se surte la apelación, decretado el secuestro de sus bienes, obligasele a partir para España. Bajando en lenta embarcación el Magdalena, la fiebre que venía aniquilándolo crece y avanza sobre las últimas reservas de su sangre. Languidece en indecible amargura, despojado, infamado, circuido de soledad. Hay una olímpica majestad en estos desamparos de los grandes vencidos, porque ellos clausuran el proceso a que deben ser sometidas las vidas heroicas para la necesaria depuración de la escoria inevitable. El concepto del heroísmo dice limpidez, y sólo el dolor nos hace limpios.

Y el que había sido, como el otro, grande en el pensamiento y en la acción, supo ser también grande en el infortunio. En verdad os digo que no es mayor el Benalcázar fulgurante del medio día que este Benalcázar doblado y taciturno de la tarde. Rendida la cabeza sobre el pecho que ya se inclina hacia la tierra; turbias, como cisternas removidas, las pupilas en que antes anidaba el sol del trópico; cenicienta,

casi de sal, la barba, y amarillento el bronce de la piel, que ahora se tuesta y raja como esos cueros que nuestros pastores curan, templados por el revés, a la intemperie; curva la espalda, mustios los brazos, pesadas y temblonas las piernas. No viste ya marcial arreo. La espada de la gloria, voluble aún ella misma, huyó, hace días, con los amigos de la fortuna.

Pero ya nada de eso le hace falta. Arma y gente fuéronle necesarias en los trajines de la milicia y del gobierno. Al enemigo de ayer sustituye, ante sus ojos, la muerte. Ya no contempla al hombre: mira a Dios.

Llegado a Cartagena, dicta su última voluntad, dispone su conciencia, y acaba. Un amigo, de los dos únicos que le quedaban, compró cuatro varas de ruán y pagó a una mujer, anónima y piadosa, un peso y dos reales para que con ese tosco lienzo de limosna amortajara el cuerpo del héroe.

Callen aquí la crónica y el romance. Ya está inmóvil. Ya puede descensar. Ya ha empezado a vivir la doble vida del seno de Dios y de la humana posteridad. Su obra y su nombre se confunden en una luz homérica.

Tres siglos después hacía igual camino y concluía en análogo vencimiento, pobre y desasistido como él, a la orilla del mismo mar, el Libertador de las tierras descubiertas y conquistadas por Benalcázar.

### III. - Conquistador y fundador: símbolo de España

Mas no es sólo Benalcázar conquistador en el sentido singular de hombre de guerra y de dominio armado. Ostenta, por el contrario, la asombrosa pluralidad de valores de inteligencia y corazón que señala y caracteriza a los fundadores de imperios. Coincidió en él, con el arranque épico, la capacidad de reposo en que el hombre define la línea de su acción y la naturaleza repara y distribuye sus fuerzas. Porque participan de las virtudes esenciales del cosmos, que en el hombre se perfeccionan hasta la llama del espíritu, las cosas de Dios nos dan la imagen y modelo de esta simultaneidad maravillosa, en cuya altura y perfección obtenemos la cifra de medida cuando aplicamos los instrumentos del análisis a los creadores y conductores de pueblos. Así son el río y el viento, que castigan, quebrantan y destruyen, y luego se acuestan en los campos, allí donde la naturaleza del terreno invitan a su beneficio, a hacer el reparto de los dones acopiados en una marcha que parecía de muerte y destrucción y sólo éralo de vida y acarreo, de archivo y ordenación de gérmenes. Así es la tempestad, que cauteriza la gleba y pone fuego en las pajas infecundas, para limpiar el aire y enriquecer el surco con todos los tesoros de la atmósfera. Así es el sembrador, que arrasa y quema el predio para que el grano brinde en plenitud su contenido de belleza y alimento.

La perspectiva histórica, que obra como aquellos cristales dispuestos para la eliminación de los accidentes perturbadores del objeto inquirido, nos muestra hoy la estampa de Sebastián de Benalcázar, en el fondo clarificado de su siglo, como la de un triptolémico campeador, que abandonando el caballo de la conquista, baja a la tierra herida por



su lanza de paladín y removida por el casco de la bestia a depositar en ella la simiente que venía confundida en su morral con los elementos de combate. He aquí por qué su paso por las campiñas generosas de la América dejó en ellas, con la sangre y candela inevitables, una estela magnífica de futuras ciudades, de sembradíos y rebaños. Donde antes existía la tribu aislada y sometida a leyes torpes, erigió sistemas de cristiana intención y estableció gobiernos encaminados a propósitos de justicia. Fue sobre la barbarie natural y humana en cuyas vastas extensiones desenvolvió su vuelo, no el águila rapaz que reduce la pupila a la presa ambicionada, sino paloma mensajera que va dejando en todas partes, horizonte tras horizonte la noticia de Dios. No era, como muchos hombres de estas épocas de necesario y continuo pelear, un fanático de la guerra. Amaba la paz. Buscábala y la imponía allí donde la obra de sujeción quedaba rematada. Tenía de la conquista un claro, auténtico concepto colonial, es decir, un concepto de proyección patriótica y cristiana.

El soldado que se siente inepto para las empresas que salen del marco de la lid crea en torno suyo ambiente bélico, e impidiendo el régimen jurídico, aspira a sujetarlo todo a cánones de violencia. Hasta donde en su edad y circunstancias pudo hacerlo, Benalcázar adelantó fundaciones de espíritu civil y propendió a la evangelización y docencia escolar de los indígenas. El antiguo alcalde de León podía ser, en su vidente ignorancia, en su analfabetismo iluminado, magistrado y patriarca de las tierras que su brazo de guerrero iba dejando uncidas a la corona hispana. "Diérale Dios, en Quien tanto libró y esperó, mayor vida y posibles, ha podido decir de él Guillermo Valencia, y habría él solo consumado la empresa desde Castilla de Oro hasta Nueva Toledo, la austral encomienda de Almagro".

Viene por este modo Benalcázar a ser símbolo excelente de la nación en cuyo nombre y por cuyo mandamiento obraba en Indias. Al recibir de manos de la Providencia el mundo descubierto por Colón, España lo estimó en calidad de presente divino y adhirió a él la sagrada obligación de redimirlo apostólicamente. "España fue así, como ya ha sido observado, un estado misionero antes que conquistador. Si utilizó la espada fue para que, sin violencia, pasara triunfante la cruz. La tónica de la conquista la daba Isabel la Católica cuando a la hora de su muerte dictaba al escribano real estas palabras: "Nuestra principal intención fue de procurar atraer a los pueblos de ellas (las Indias) y les convertir a nuestra santa fe católica". La daba Carlos V cuando, al despedir a los prelados de Panamá y Cartagena, les decía: "Mirad que os he echado aquellas ánimas a cuestras; parad mientes que deis cuenta de ellas a Dios, y me descarguéis a mí". La dieron todos los monarcas, en frases que suscribía el más ardoroso misionero de nuestra fe. La daban las leyes de Indias, cuyo pensamiento oscila entre estas dos grandes preocupaciones: "la enseñanza del cristianismo y la defensa de los aborígenes".

El arco toral de la obra de España en América descansa en dos columnas inseparables: el soldado y el misionero. Logróse así, como lo observa Ramiro de Maeztu, "una perfecta compenetración entre los dos poderes: el temporal y el espiritual; compenetración que no tiene

ejemplo en la historia y que es la originalidad característica de España ante el resto del mundo". Definida en el concilio de Trento, por obra de los teólogos españoles, la doctrina de la gracia, y asegurada en ella la unidad moral del género humano, quedó "salvada la creencia del hombre en la eficacia de su voluntad y de sus méritos". Esta doctrina inspiró, sigue Maeztu, la legislación del Consejo de Indias, que trocó la conquista del Nuevo Mundo en empresa evangélica y de incorporación a la cristiandad de aquellas razas que llamaban los reyes de Castilla "nuestros amigos los indios".

El soldado cumplía su misión en cuanto preparaba y favorecía la acción del evangelizador. Los dos constituyen la indisoluble unidad de España en Indias. El natural debía ser elevado a la dignidad de cristiano y dispuesto a la eterna salvación. La obra entera de la conquista, por encima de todas las demasías y errores correspondientes a la época, giraba en torno a este eje tridentino. Vinculados en la empresa común, el misionero era el apóstol y el conquistador era el heraldo. En la espada del uno canalizábase la corriente evangélica que el otro traía y desataba sobre el idólatra aborígen.

El puntual y fervoroso cumplimiento de este aspecto de sumisión es lo que otorga a Benalcázar magnitud y brillo de primer orden en la teoría de los conquistadores. Y ello pone pasmo especial en el ojo que lo mira. El genio militar no parece reñido con las míseras condiciones de su origen, ni aún con el ambiente primario de su niñez y de su adolescencia. Larga es la lista de extraordinarios capitanes surgidos en análogas circunstancias. Pero, en cambio, presenta nota de inverosímil la coexistencia de estos hechos oscuros con el alcance de su inteligencia en el dominio de todos los aspectos de la conquista. Hay una especie de brujería de la vida, algo como una ironía del destino, casi dijérase que como un desplante de la divinidad, en esta encarnación tumultuosa y ordenada a la vez, torrencial en el ímpetu y matemática en la distribución, de las virtudes universales de la sabiduría en la cantera bruta de aquel gañán de Extremadura, que del pozo en que yace un asno muerto por su mano de hierro sale, despavorido, en fuga hacia la historia. Todo: la arcilla elemental, el oficio primero, la perfecta incultura, la índole de la faena de conquista que embargó su juventud y su madurez, confluía a hacer de Sebastián de Benalcázar un rudo capataz de mesnadas vagabundas, como otros, con elementos más propicios, fuéronlo para desventura del nombre español en las Américas, y hé aquí que se nos muestra como un varón esclarecido por los dones de las más altas categorías del espíritu. Sólo una anticipada visión genial de los horizontes de estas en esos tiempos fabulosas comarcas, cuando aún andaba caótica y equivocada la geografía del continente, pudo dar a sus fundaciones esa unidad de pensamiento que ha reconocido la crítica después, como se puntualiza, al término cumplido, la exactitud de los vaticinios del profeta. Justifícase en estos hechos la conclusión a que ha llegado rigurosamente uno de sus más fervientes biógrafos:

"Por su energía integral; por su recia envergadura heroica; por su broncíneo vigor ambulatorio; por la amplia comprensión de su misión histórica, más meritoria cuanto más deficiente fuera su primi-

tiva educación; por su tacto político; por su ambición, Sebastián de Benalcázar puede medirse, hombro a hombro, con Francisco Pizarro y Hernán Cortés, a quienes no es un punto inferior y hasta pudiera decirse, sin aventura, que por ciertos aspectos llegó a superarles: en actividad dinámica a ambos, en desprendimiento a Cortés, y en genio, en acometividad, en discreción y nobles proceder a Pizarro”.

Tuvo pues Benalcázar la grandeza esencial: aquélla que no presenta aleaciones sospechosas, ni es resultante de arduo esfuerzo, sino que brota, por augusto designio, como una luz congénita, de la raíz misma del hombre. No hubo en él factor alguno concurrente: antecedentes familiares, educación, disciplina o influencia, que hubiera estimulado o favorecido el desenvolvimiento de una personalidad de excepción. La gloria en él tiene por eso la calidad intrínseca del fruto necesario. Bastóle, para no dejarla malograr, la admirable fidelidad a sí mismo que nos da en toda su parábola. De ahí que sea inseparable de su obra, con la cual se confunde como el fulgor de la llama con el principio del fuego que la engendra. Hubo algo de fatal en el impulso que lo arrancó a la gleba originaria y lo llevó a la cima histórica en que lo estamos viendo, lo vieron nuestros padres y habrán de verlo nuestros hijos, no importa bajo qué signo venga o vaya el oleaje de los tiempos. En su nombre y memoria alienta el soplo perdurable que anima el sér de las criaturas de la fábula.

#### **IV. - El héroe y la ciudad**

Instalado en esta colina panorámica, el héroe se incorpora al escudo de la ciudad. Encaramado queda aquí, como un ángel custodio, sobre el más alto de los siete mogotes que interrumpen, al fondo, la perspectiva de aquel histórico brasón. Antes de que tornara en efigie a presidirla, la ciudad ha crecido largamente, como una colmena alimentada por un jardín ubérrimo, y se ha tornado del breve aduar recostado contra la línea divisoria del valle y la montaña en esta dura masa de humanidad, cada día más compleja, más llena de ruido y de dolor.

No era preciso que le fuera devuelto en forma corporal para que la siguiera vigilando y asistiendo. Todo lo que en ella ha habido y hay de impulso ascendente, de fuerza generosa, de voluntad de acción, tiene principio en el hombre que la engendró en espíritu y le otorgó como patrimonio su asombrosa energía. Ella es y sigue siendo la hija perfecta del héroe porque nació de él en la cima de la gloria y en el comienzo de la desventura. De haber llegado a los términos de la meditación ancianidad, en que el hombre mide sus días y sus obras, la habría amado especialmente, con esa inefable predilección, hecha de gozo y amargura, con que amamos los seres y las cosas que se incorporaron a nuestra vida en un minuto misterioso de ella. El ha sido, en todas sus jornadas, el numen de su sér, la clave de su historia, la savia de su progreso, la raíz y explicación de su índole peculiar, ésta que funde en su alma a Marta y María y le ha permitido armonizar con la fervorosa dedicación a la faena diaria, humilde y fecunda, el cultivo del ensueño en que se recibe de Dios la lección de

esa otra superior actividad que nos eleva sobre nosotros mismos. Fundada directamente por él u ordenada fundar por uno de sus subalternos, la ciudad presenta las señales de su carácter y su genio: que como él es ambiciosa, inquieta, ardiente, franca, hospitalaria, brava en el combatir, dura en el resistir, fiera al acometer, rápida y decidida al emprender, osada al avanzar, larga en el proyecto, obstinada en sus luchas, celosa de sus fueros, generosa de sus bienes, infatigable en el cumplimiento y renovación de sus anhelos, fiel a Dios, a la patria y a sus propios destinos.

Pudiera no haber acudido aquí en el bronce perdurable y estaría lo mismo con nosotros, o con mayor exactitud, en nosotros, entrañado en nuestro sér, metido en nuestra historia, rigiendo nuestros pasos, iluminando nuestra ruta, adoctrinándonos en la buena fortuna y calentando nuestro corazón en la adversidad. Mas la de este monumento es obra buena en cuanto trae a los sentidos, en forma bella y severa interpretación, una fuerza que iba escondida en nuestras almas, vívida, actuante, notoria para nosotros, pero invisible a los demás y por eso por muchos de ellos ignorada. Es así como esta estatua, más que un homenaje, viene a representar un símbolo. Esta estatua queda significando aquí el alma de la ciudad, que se confunde con el héroe. Porque en Sebastián de Benalcázar halló principio su existencia y en él renueva cada día su voluntad, su fe en Dios y su confianza en el resultado infalible del esfuerzo.

Héla aquí, oh capitán, tendida al pie de tu collado, reclinada a tus plantas, mirándote y dejándose mirar, complacida, como esas hijas que orgullosas de su rica fecundidad devuelven al tronco primitivo, en flor gallarda y vasto fruto, el principio genitor que de él recibieron en su origen. La aldea antigua es ya ciudad de anchas fronteras. Invadido el ribazo original, avanza a la llanura y clava las flechas de sus fábricas donde antes pacían en libertad geórgica las greyes. Cada día suben más sus almenas y tejados. Este rumor que hasta aquí llega, en el aura, viene a contarte cuán recia y ardorosa y sin descanso es su labor de vida. Mira aquellas torres y cúpulas que se yerguen sobre el conjunto: son las casas en que adora a Dios y alimenta su esperanza. Aquellas celdillas de colmena son las sedes de la industria y las oficinas del comercio. Allá guarda sus armas y centinelas la república. Esos puentes vinieron cuando la ciudad, como dijo el poeta, se atravesó el pecho con el puñal de plata de su río. Dos líneas paralelas fulgen entre el verdor unánime: es la vía de hierro, que no conoció tu edad, y ahora ciñe las distintas comarcas de la patria. Esas cintas blancas son el cauce de la sonora mecánica que ha hecho de tu pueblo la rosa de los viajes. Aquel circo romano la palestra en que la juventud renueva la sangre, afirma el músculo, quema la piel y el hueso de la raza, y donde ahora unifica, en flor de pétalos continentales, las indianas banderas que no alcanzaste a ver. Aquí, en esta casa próxima, vivió el cantor que completó la obra de tu conquistador, haciendo de tu comarca provincia de la poesía inmortal. Esos cuadros de verdura son los huertos por donde respira la tierra fatigada del hombre y sus empresas. Los varios tonos de esmeralda del valle son fondos de ganado, plantíos de frutales, sementeras de arroz y miel,

labranzas de hortalizas. Recréate en tu obra, en la obra de tus hijos, en la obra de Dios. ¿Te ha parecido que en la noche el cielo se vuelca sobre el valle? Es que el hombre ha captado el secreto luminoso del rayo y ha avanzado en sus artificios hasta la descomposición y fraccionamiento del relámpago. ¿Miras a lo alto? No te espantes, capitán: la máquina ha cobrado alas en su propia fuerza. Lo que tú recorriste bravamente, como un gusano movido por el alma de Job, en largas, inverosímiles jornadas, recórrelo el hombre de estos días en vuelo rapidísimo, mayor que el de esos cóndores que en las cumbres veías pasar sobre tus tiendas. Trasmite así también su pensar y su sentir. Las cosas cambian, capitán. Las cosas han cambiado. Sólo el hombre permanece idéntico. Nada ha podido redimirlo de su miseria y su dolor.

Han corrido cuatro centurias desde el heroico día en que llegaste al lugar en que hoy te yergues vaciado en flor de piedra y bronce, hasta éste de nuestra edad, desposeída del brillo épico de la en que tú alentaste, mas llena, como ella, de la esencia dramática de la vida. Oye cómo, empinada hacia ti en jubilosa evocación, la ciudad se congrega al rededor de tu collado para decirte que ha sido y seguirá siendo fiel a tu espíritu y a la osadía que de ti tiene recibida. Tú le enseñaste, en tu odisea, a trasladar los montes y a dominar la hora hostil.

Y con este juramento de fe y esta promesa de esperanza, te saluda y aclama hoy como su padre y guía, ¡oh formidable adelantado de la epopeya americana!